

Los bárbaros

Benigno Dou

*Cierra bien las persianas.
Corre las cortinas.
Un viento helado —por alguna
crueldad de la nostalgia—
trae hasta tu sala los olores de Manhattan
y la turba se apresta ya a doblar la esquina.*

*De momento, prepárate otro trago.
Nada más indicado para aplacar las punzadas
del asco y la memoria.*

*María se arrodilla junto a la cama
para limpiar tu vómito de anoche
mientras tu vida toda
rueda sobre un tapete verde
y cae por la tronera
con la ocho.*

*Afuera, la gente grita insultos
y consignas de odio.
El anunciador del hipódromo del Paraíso
da los dividendos a ganador y place
de Dammed Lady y Zalamera
y en una esquina arrecian
los pregones del chichero.*

*Hoy no vienen por ti, bien que lo sabes.
No es tu nombre el que gritan, sino el del vecino.
Pero no necesitas mirar por la ventana
para saber que entre ellos están
tus mejores amigos y enemigos.*

*Luis, el bolitero, agita una pancarta
mientras le toca el culo a una mulata
y Justo, el médico, le tira piedras a su miedo.
¿Y esa que grita «Apátrida» desde la cerca,
como desde el patio de un teatro,
no es tu amiga Miriam, la gusana?*

*La niebla desciende ya
sobre los techos rojos de Caracas
y suena una sirena en el Muelle de Luz.
Un cabo de la policía abre la reja.
La soledad te espera.*

*Ahora, apura el trago.
Trata de emborracharte
lo más pronto que puedas.
Ya no hay escapatoria.
Ni persianas ni rejas
ni cerraduras ni puentes levadizos
ni fosos ni cercas detienen a los bárbaros,
tus recuerdos.*